



Página 17

Mamá dice que son cositas. Cositas son los peces que respiran de lado. Flotan como hojas cansadas en el lago y yo les soplo, muy fuerte, por si eso ayuda. El agua huele a lata vieja y pica la nariz. Mamá me aprieta la mano, suave, en este invierno de 2030 que más parece primavera.

Cositas son los zumos del puesto de la esquina, naranja brillante, que saben un poco a humo. El señor me regala una pajita de papel con dibujitos azules y yo le digo gracias, pero el humo se queda pegado a la lengua.

Cositas es la raya negra que dejan los coches por la avenida principal. Una tosecita de metal que sube y baja, y yo me río porque suena como un perro pequeño, pero a la vez me da ganas de llorar sin saber por qué. Mamá me dice que cierre la boca cuando pase un camión. Yo la cierro. Noto como si el aire tuviera migas.

Cositas es el señor que duerme en el portal. Tiene una manta con estrellas. Yo cuento: una, dos... diecisiete. Mamá me explica bajito que una ciudad es como una mochila de todos y que a veces pesa demasiado.

De vuelta, el camino pasa por el lago otra vez. Me paro. Miro. Los pececitos ya no se mueven. Cojo una piedra verde, lisa, que encuentro junto a la orilla. Es fría y cabe perfectamente en mi mano. La escondo en el bolsillo del abrigo como si fuera un secreto. Mamá me mira, y me hace un gesto cariñoso.

—Ya, corazón, ya. Son cositas —dice.

—Lina, Lina, despierta. Te has quedado dormida. ¡Vas a llegar tarde!

Abro los ojos. Enero es azul detrás del cristal. 05/01/2100 parpadea en el reloj del borde de la mesa. Setenta y cinco, pienso, y me río por dentro. El espejo me devuelve una mujer madura con el pelo recogido en un moño porque no hay tiempo. En la mesilla, la piedrecita verde. La tomo. Sigue fría.

—El coche ya te espera —dice él, poniéndose el abrigo—. Hoy todo el mundo te mira.

Sonrío sin que se me note demasiado. Bajo al vestíbulo. El coche me reconoce la cara y abre. Huele a lluvia.

Nos deslizamos por la avenida sin ruido. Pasamos por el lago. El mismo lago de mi infancia. Los juncos se peinan en dirección contraria al viento, llenos de pájaros. Un pez salta y cae. “Cositas”, digo por lo bajo.

La ciudad pasa: farolas con sensores que respiran, tejados con huertos, el rumor suave de tranvías. En una pantalla al fondo del coche, un mapa de energía: flechas azules que entran del mar, flechas verdes que bajan de las sierras, un latido naranja diminuto de la central que solo arranca cuando una terca nube se posa encima.



Llegamos. El hemicycleo del Europarlamento parece nuevo, aunque no lo sea. Hay plantas altas y mesas que no son de nadie y de todos. El vidrio mira hacia el río. Nuestros micrófonos suenan iguales en cien idiomas. Subimos. En la cartelera del día, la línea que nos ha traído hasta aquí: **Carta de la Alianza 17.**

Pido un minuto antes del discurso. Diecisiete segundos de silencio. Se puede oír el agua del río, o me lo invento. Pienso en la manta de estrellas. En la piedra en mi bolsillo. En la mano de mi madre apretando la mía.

—Señorías —empiezo—. Nos llevó setenta años aprender a cooperar sin pedir recibo el mismo día. Setenta años de puentes discretos, de compartir ríos, datos y silencios; de poner a los niños a salvo antes de discutir las comas. Aprendimos a medir la victoria no en fronteras nuevas, sino en acuíferos recuperados, escuelas abiertas y noches sin sirenas.

Respiro. El intérprete convierte mi castellano en un murmullo coral.

—Hoy, 5 de enero de 2100, este Parlamento aprueba la Carta de la Alianza 17. No borra los idiomas ni las historias: borra los pretextos para herirnos. Con esta Carta, hacemos efectivo lo que prometimos en la Agenda 2030: cooperación real, legal, cotidiana. Los Estados que la suscriben integran sus cámaras en una Asamblea común para proteger bienes que nadie puede proteger solo: el agua, el clima, la salud, la paz. Las fronteras dejan de ser líneas de miedo y pasan a ser meros acuerdos administrativos. Desaparecen para quienes estudian, trabajan, cuidan y huyen. Desaparecen para las semillas y para los peces. Desaparece la guerra como herramienta política.

—No es el final de un cuento —digo—. Es el principio de una tarea cotidiana. Que nadie vuelva a llamar “cositas” a lo que duele, salvo para recordar que, hasta lo pequeño, cuando se hace entre todos, inclina el mundo.

La sala respira. Pulsamos. Una ola de síes recorre el tablero, de izquierda a derecha, como un viento en un campo. Hay aplausos, pero no de teatro: de carpintero que se guarda el metro y asiente.

A la salida, camino al coche, ese coche que ahora me parece un banco largo de parque. Abro la mano y noto la piedra. La misma. Bajo un momento al lago, sin comitiva. El aire no tiene migas. Hay un cartel discreto: “Agua apta para baño - pH 7,4 · Alga controlada por cooperativa local”. Hay una pasarela para nutrias. Lanzo la piedra. Las ondas salen perfectas, como anillos de árbol recién nacidos. Los patos cruzan de un lado al otro sin papeles. En la orilla, una niña intenta soplar a un pez que salta. No lo necesita, pero ella sopla igual. Su madre le aprieta la mano. Hay un arcoíris pequeño recostado en la barandilla, como si se hubiera cansado de ser noticia. Nadie hace foto. Nadie aplaude. Me sacudo la lluvia de las pestañas.

—Son cositas —susurro, esta vez sin tristeza.

Al llegar a mi hogar, en el ascensor, el reflejo del espejo me devuelve a la niña del abrigo. Sigo contando estrellas. Una, dos, tres... diecisiete. Y luego empiezo otra vez. Porque las páginas no se acaban cuando cambias de libro. Porque a veces el mundo se arregla así: una página, otra, y la página 17 en medio, sujetándolo todo con un clip invisible.